

REGICIDIO

No son treinta años. Lamenta el vino
y esa largueza que proviene de los años veinte.
Un asesinato a la espera de la guerra
ya no sorprende. El carruaje y la detonante
mano perdieron hoy el encanto de época.
El sombrerito y las plumas, lo oscuro
de no volver más al traje y al imperio.
Una mano y una buharda,
papeles en desorden, falta de bujías.
Lluvia que retiene en el rincón
y en la charla con el amigo del Norte.
Bosques y lagos, cigarros como la faz
colonizada del Nuevo Mundo. Flecos,
polvo, baño en el saloon abigarrado.
Oro, mulas, niño que cruza el puente,
como una casita, como un navío.
como la fotografía en blanco y negro
de la dama, piernas de muchacha europea,,
juegos en el alto mirador. Reina
era, nombraba los metales, liga
suelta, beso al techo si nublan
el invernadero las botas de él,
grande cojo, pirata, búho.
Empeño iluso y travesía
interminable, lejos de la jofaina
rechinadora de dientes, de los golpes,
de las colinas de cartón, de las volinas de verdad.
Pero no basta el encaje, los aros,
el servicio rápido, la corte. La guardia

se convierte en columna salomónica,
en helado o globo de hijito que ve
la sangre, la pistola, la huida. No se comprende
el internacionalismo, la bolsa,
la envidia del banquete nupcial.
Aprendizaje para el retorno,
para las muñecas, para el palacio
lleno de fantasmas, de frío,
de velas, de pasadizos a la noche.
Ni orden ni tórtolas
en el paraje que recuerda tan cristal
cuando cae el soldadito de plomo.
Mas se asustan con la bayoneta,
brota espuma, persecución.
Cuelgan de la oreja un homicida,
no entienden que es un sordo grito
que se busca a la madre, que se acaba el cuento.
El adiós de Berta, las estampas,
los pequeños húsares del hogar. Los muros
y la crecida jardinera de los hospicios.
Abrir entre flores círculos
con la piedra, le entristece más
que dejar la guardería diminuta.
Siente el encanecimiento bello
del estadista arrodillado, la deferencia
de la alegre poseída.
No habrá tacañería no habrá juicio.
Descabalga en el adoquinado
con la furia del reo que ansía
los hospitales de Verlaine.
Nariz y escaparate, media
tarde dedicada a las farolas.
La perpetración de la travesura
se les pinta cara en estos tiempos
a las sonrientes princesas de salón y penacho.
Otro rey hubiera hecho gloria
del crepúsculo y la hora cruenta.
Aparecería justo en el solaz
de marcharse sin honores,
cenatafio de tronchadas violetas,
belle époque de tintineo funesto.

El grabado simple en la esquiva,
el gabán de un zar metido a brujo,
a cadáver esteparario, a caballero herrumbroso.
Los infantitos miran y componen el decorado.
Perros a la cola del mundo, pajes
en la escalinata, inminencia de trincheras,
de Marne, de Guillemos y alcoholes.
Locura de volar, de ir a Italia,
de presentar desnudo al ateniense
en el bajorrelieve: trasunto
estamentario, gases en Tívoli, nada.
No son las cicatrices del monarca. Conserva el atuendo
y ese aire que envuelve la turbulencia cancilleresca.
Un aviso acerbo a la espera del hermoso combate
ya no justifica. El gramófono y los Verdurin
recobraron ayer el encanto del siglo.

Antonio Díaz SAMINO